

BERNARD DEVOTO, *Más allá del ancho Misuri*, traducción de Marta Lila, Valdemar, Madrid, 2017, 639 pp. ISBN: 97884-7702-855-0

Muchos de los que se acerquen a libros como el que ocupa a esta reseña quizás lo hagan interesados por el tema, o bien por cierta afición a la historia, e incluso por lo hermoso de su apariencia externa. Sin embargo, no creo equivocarme si afirmo que, al menos en este caso, no todos aquellos que empiecen la lectura terminarán leyendo el texto de cabo a rabo, tal y como el autor lo dispuso. Porque este libro requiere una ascensión lenta y esforzada (eso sí, cuajada de maravillas en cada recodo del camino), hasta poder contemplar con calma la amplitud y dignidad de su porte.

Ciertamente, para el lector acomodado puede que resulte ardua la lectura de *Más allá del ancho Misuri* (publicado por primera vez en 1947 y merecedor del premio Pulitzer en 1948 en la categoría de Historia). Por su extensión, por lo lejanía de la cultura que presenta, y sobre todo por la prolijidad con que su autor va desgranando, migaja a migaja, la realidad del mundo de las montañas de la Divisoria continental norteamericana.

No obstante, un lector más audaz, que no se deje abatir por las inclemencias a las que la gran literatura a veces somete a sus visitantes, que esté decidido a localizar a aquellos a quienes sabrá reconocer como mejores y a aprender de ellos, sin duda encontrará aquí una obra maestra surgida de las manos de un verdadero *scholar* americano, Bernard DeVoto. El reconocimiento de sus propios límites y de los de aquellos a quienes dibuja en su libro, junto a la capacidad para valorar a quienes han sido capaces de sobrepasarlos (algo a lo que en conjunto podría llamarse ética literaria) es su mayor mérito.

El marco geográfico en el que se desarrolla la acción (descrito en dos mapas al final de la obra), ocupa todo lo largo y ancho de lo que hoy son los Estados Unidos, aunque se centra especialmente en una parte del curso del río Misuri, la que va desde Dakota del Sur hasta Oregón. Frente a este vasto territorio, el periodo temporal al que se presta atención es extremadamente corto: los seis años que van desde 1832 a 1838. No obstante, en manos de DeVoto las palabras adecuadas harán que la mirada del lector sea capaz de extenderse ante ese escaso sexenio como si fuera un tiempo casi geológico.

Los meses le parecerán siglos, pero no porque la narración se haga cansada o lenta. Muy al contrario, la capacidad de DeVoto para entrecruzar relatos sobre cada uno de los distintos personajes mantendrá vivo el interés en todo momento, preludiando técnicas narrativas puestas en práctica por alguna de las sagas fantásticas más exitosas de hoy. La ampliación del tiempo vendrá de la mano de la densidad inagotable de detalles que el autor irá aportando sobre todos y cada uno de los vectores

que coinciden, al mismo tiempo, sobre este paisaje agreste y salvaje de las montañas Rocosas; y también del riesgo que asumirá al ir estableciendo juicios históricos (miradas amplias sobre la evolución general de estos vectores) sobre la relevancia de los principales episodios que les afectan.

Que la lectura de esta obra merece la pena es justificable de mil formas, pero quizás una de las mejores sea la seguridad de que el lector encontrará aquí una buena presentación del punto alcanzado en el siglo XIX, por el crisol de intereses y nacionalidades (tanto nativas como de origen europeo) que marcaron el devenir de la historia norteamericana a partir del siglo XVI. Además, podrá conocer en profundidad todos los grandes tipos que forjaron la personalidad norteamericana del Oeste en el periodo central de los ochocientos: desde la figura del explorador (Meriwether Lewis, William Clark, Jedediah Smith) a la del trampero (Joe Walker, los Sublette, Tom Fitzpatrick, Joe Meek, Jim Bridger); desde la de los grandes dueños del comercio de pieles (John Jacob Astor y William H. Ashley) a la del moderno, y tantas veces fracasado, comerciante (Nathaniel J. Wyeth); desde la de los misioneros (Jason Lee, Samuel Parker, Marcus y Narcissa Whitman, Henry y Eliza Spalding) a la del emigrante (William Gray, los Dragones de Oregón); desde el aristócrata europeo enamorado de las aguas del gran Manitou (el príncipe Maximiliano, William D. Stewart) al artista encargado de inmortalizar el salvaje Oeste (Alfred Jacob Miller, George Catlin).

Sin embargo, en mi opinión, hay otros protagonistas, casi diría más importantes, de la narración de *Más allá del ancho Misuri*. En estrecha conexión con los tramperos, estos otros seres van surgiendo aparentemente asignados a un papel secundario: indios y animales, ambos vinculados al terreno de una forma mucho más estrecha que el hombre blanco y ambos víctimas de un proceso evolutivo al que no les dio tiempo a incorporarse. Por su manera de tratar a ambos, nativos americanos y naturaleza salvaje, podría decirse con propiedad que DeVoto hace de este libro un bravo epitafio ante la desaparición de un mundo y de sus protagonistas: los castores (algo más tarde también los búfalos o bisontes) y los indios, así como de los pocos hombres blancos que fueron capaces de convivir con ellos en su entorno, siguiendo las reglas que éste les marcaba a todos. El mundo que vino tras ellos, al que unos y otros ayudaron a nacer de formas diversas y a menudo inconscientes, fue ya algo completamente distinto.

En un libro publicado algún tiempo antes del que nos ocupa aquí, *1846: The Year of Decision* (1943), DeVoto marcaba esa fecha como el punto de inflexión en la migración masiva hacia el Oeste. Solo doce meses antes de ese hito histórico para la configuración de la sociedad y la mentalidad norteamericana, según DeVoto, había tenido lugar otra decisión migratoria: la de H. D. Thoreau, que en 1845 resolvió dejar las comodidades de su civilización para partir desde la ciudad al bosque de la laguna de Walden. Igual que *Más allá del ancho Misuri*, el texto nacido de la experiencia de dos años de Thoreau entre los árboles, *Walden*, es la narración de una ida y una vuelta. En ambos escritos el itinerario marca a

fuego a sus protagonistas, cambiándolos de tal modo que en las páginas finales ya no son los mismos que aquellos que abrían el relato, y lo que es más importante, ya no podrán volverlo a ser. Estos dos decisiones y los textos que las reflejan, son dos muestras excelentes de las distintas formas y niveles de una misma inquietud, que podríamos identificar como marcadamente occidental: la de traspasar los límites establecidos en búsqueda de una vida diferente, más auténtica y deliberada.

Es de justicia hacer una anotación final para ensalzar la labor de la traductora, Marta Lila, que (salvo por alguna incoherencia entre los términos utilizados en el cuerpo del texto y en la cronología final, así como respecto de la presentación de Alfredo Lara) nos ofrece el fruto de una tarea bien lograda, habiendo sido capaz de salvar la altísima complejidad de una terminología geográfica y etnológica que estoy seguro pondría en aprietos a muchos lectores actuales de Nebraska, Dakota y Oregón. Valdemar, que viene destacando por ofrecer literatura fantástica de contenido brillante en ediciones de lujo, incorpora con este título una verdadera joya a su colección *Frontera*. Junto a *Moby Dick* (Valdemar Clásicos, 2011) y a alguno de los relatos de *Mares tenebrosos* (Valdemar Gótica, 2004), puede ser un tridente magnífico para acercarse a la cultura norteamericana del siglo XIX, cuyo legado, querámoslo o no, estamos heredando todos.

Juan D. González-Sanz
orcid.org/0000-0002-4344-8353